

circunstancias: y finalmente, se habían consumido de antemano sobre las rentas del año posterior ciento setenta y ocho millones, añadiéndose á lo que va dicho el descubierdo ordinario de ochenta millones. Pero, si el carácter austero de Necker había aterrado los ánimos, y la medianía de los que le habían sucedido ocasionó desaliento, Carlos Calonne, que debió la cartera de hacienda á las intrigas de corte, tranquilizó á todos con su franco atrevimiento. Este hombre ingenioso trataba con aire desenvuelto, y como por diversion, los asuntos que los otros consideraban como un trabajo hercúleo, y la ligereza con que manejaba los negocios mas importantes, aun cuando tuviesen referencia á la virtud, le granjeó el crédito de ministro hábil. No dejaba nunca de asistir á los saraos de María Antonieta y del conde de Artois, sin cuidarse del día de mañana; prodigaba favores á sus recomendados, y sabia proporcionarse dinero tanto para satisfacer los desórdenes de éstos, como para rodear á Paris de muros, y comprar á Saint-Cloud para el monarca y Rambouillet para la reina. A ésta dijo en cierta ocasion: *si lo que V. M. quiere es posible, téngalo por hecho; si es imposible, se hará.* La confianza que este ministro tenia en sí mismo, llegó á inspirarla á los demas; imaginó modos completamente nuevos de hacerse con dinero, los cuales salieron segun sus deseos, porque todas las novedades tienen en Francia un éxito feliz; dió cierta actividad á la circulacion del dinero, y de esta manera llegó á ser idolatrado en Paris, porque toda la poblacion creyó ver personificado en Calonne el genio de la esperanza segun se lo había concebido en aquella época. Pero cuando se tenia por seguro que todo estaba ya arreglado, se desgarró el velo, y se halló un aumento de mil seiscientos millones en la deuda pública.

OPOSICION.—LA NOBLEZA.—LA FRANCMASONERIA.—MARIA ANTONIETA.

Todo lo que va dicho daba pábulo ó fuerza á los lamentos; y la juventud aristocrática, que se había empapado en ideas republicanas peleando en el otro hemisferio, unia sus reclamaciones, alguna que otra vez serias, y muy á menudo mofadoras, á las del Estado llano. La delicadeza excesiva de las costumbres había generalizado cierta benevolencia y cierta igualdad que tenia algo de inglés y de americano. La moda de las casacas redondas y de las melenas cedía su lugar á la de los jubones y del pelo cortado, y á cualquier hidalgo era permitido presentarse á ciertas horas en público sin ceñir la espada. El acatamiento á los elevados linajes perdía cada vez mas su vigor; y los plebeyos, que ya tomaban parte en los consejos y en los ramos administrativos se enlazaban en parentesco con familias de ilustre estirpe. En los banquetes y en las numerosas tertulias se entablaban discusiones sobre toda clase

de argumentos, ya haciendo gala de pedanteria filosófica, ya de aquella especie de sensibilidad propia de los economistas; pero todos los discursos manifestaban la tendencia hácia las mejoras y los fines mas generosos, en la viva esperanza de que las generaciones futuras no dejarían de colmar de bendiciones á la generacion presente. En la paz de los Estados-Unidos de América se notó el triunfo que habían conseguido las tendencias cosmopolitas que animaban á todos, y los varones mas discretos se regocijaron de aquel acontecimiento, sin llegar á penetrar los peligros que acarrearía consigo el cercenamiento de la autoridad. Eran objeto de altos encomios las instituciones americanas é inglesas, y se exageraba por doquiera la necesidad de aclimatarlas en Francia; pero esto no disminuía el afecto á la monarquía hereditaria del país: aquellos innovadores, que no merecían sin embargo el nombre de facciosos, anhelaban subir á la tribuna únicamente para hacer pompa de elocuencia y de los conocimientos que cada uno de ellos suponía poseer.

“Los que pertenecemos al gremio de la nobleza, dice Segur, sin apetecer lo pasado, sin desasosiego en cuanto al porvenir, marchábamos regocijadamente sobre una alfombra de flores que ocultaba á nuestra vista el abismo. Censores chistosos de las modas añejas, de la altivez feudal de nuestros antepasados y de la gravedad de su ceremonial, todo lo que era antiguo se presentaba á nuestros ojos como revestido de ridiculidad y empalagoso; la seriedad de las doctrinas de otra época se nos hacia muy pesada, al paso que la filosofía burlona de Voltaire nos halagaba en gran manera; y sin cuidarnos de penetrar la profundidad de la filosofía, que escritores muy graves habían tratado, la admirábamos tan solo porque llevaba el timbre de una fuerza de resistencia valerosa contra las arbitrariedades.”

“La extrema sencillez del vestir inglés nos libertaba de la sujecion de un esplendor molesto por sus minuciosos requisitos en la vida privada. Ocupando todas nuestras horas en las grandes reuniones, en los saraos, en las diversiones, en los deberes no incómodos de la corte, y en los que nos imponía la milicia con sus guarniciones, gozábamos descuidadamente así las ventajas que nos habían quedado de las antiguas instituciones, como la libertad que nos proporcionaban las costumbres recientemente introducidas; y los dos sistemas nos agradaban al mismo tiempo, pues uno lisonjeaba nuestra vanidad, y otro se mostraba condescendiente con nuestra inclinacion á los solaces.”

“Conversando en nuestros castillos con los villanos, guardias y jueces, encontrábamos los restos de la autoridad feudal que en tiempos pasados poseyeron nuestros abuelos; gozábamos en la corte y en las ciudades las distinciones que se tributaban á nuestra cuna; ensalzados en los campos tan solo por el

prestigio de nuestro nombre, á los grados mas elevados, y habiendo adquirido ya bastante libertad para rozarnos sin pompa ni etiquetas con cualquiera de nuestros conciudadanos, y para saborear las dulzuras de la igualdad plebeya, veíamos deslizar el corto abril de nuestros años rodeado de un círculo de ilusiones, y acompañado de una especie de bienaventuranza que jamas nos había sido concedida. Y para que nuestros días corrieran felices, se enlazaban al mismo tiempo á nuestros alrededores, libertad, trono, aristocracia, democracia, preocupaciones, razon, novedades, filosofía. Un despertar tan horrible no tuvo nunca por precursores un sopor tan suave y sueños tan lisonjeros....”

“En ninguna otra circunstancia se había notado tanta discrepancia de opiniones y tanta diversidad de gustos y costumbres; en las academias cobraban aplausos los pensamientos filantrópicos, las diatribas que tomaban por blanco la vanagloria, y los votos de paz perpetua, mientras que fuera de sus umbrales no había mas que intrigas, ni se oía otra cosa sino declamaciones, que pretendían con su violencia incitar al gobierno á la guerra. Cada cual ponía todos sus resortes en juego para sobrepujar á los demas en lujo, y sin embargo, no se dejaba de gastar el tiempo en parlerías, en que con tono republicano se afectaba igualdad; ni jamas se notó en la corte mayor ostentacion de magnificencia y un poder mas reducido. Prodigábase la censura contra los potentados de Versalles, y se lisonjeaba á los de la Enciclopedia; la distincion mas especial de un príncipe no podía competir de ninguna manera con la mucha estimacion que daba á una sola palabra laudatoria de D'Alembert ó Diderot. Los prelados abandonaban sus diócesis para lograr con intrigas y arterías una silla ministerial; los abates empleaban su pluma en escribir versos y novelas escandalosas; en la corte encontraban eco las sentencias republicanas de *Bruto*: los reyes patrocinaban la causa de un pueblo insurreccionado contra su monarca, y se entablaban discursos de independencia en los campamentos, de democracia entre los aristócratas, de filosofía en los saraos, y de moral en los gabinetes destinados á la voluptuosidad.”

“La indulgencia y la confianza son un producto de la felicidad del hombre, y con este motivo se dejaban circular sin obstáculos todos los escritos que insinuaban reformas; todos los proyectos que tenían por objeto introducir innovaciones; los pensamientos, que se manifestaban mas liberales y los sistemas que se podían calificar de mas atrevidos. Todos estaban persuadidos de que corrían á la perfeccion, y no tomaban en consideracion los obstáculos, ufanos de ser franceses, y lo que es aun mas, franceses del siglo XVIII, que en nuestra opinion era la edad de oro restablecida en este mundo por la nueva filosofía.”

HISTORIA.—14.

“En todas las universidades y academias de Europa se hacia eco á la filosofía francesa; el amor á la libertad se convertía paulatinamente en sentimiento general; los parlamentos fallaban la condena de un libro cualquiera, porque se lo mandaba el deber ó la costumbre; pero sus reclamaciones y las maneras hostiles con que se oponían al ministerio, hacían mas mella en la opinion pública que las mismas condenas contra los autores.”

“El anhelo de aquella imitacion universal de las modas y costumbres de la Gran Bretaña, lejos de ser un triunfo decretado en homenaje de la sencillez del gusto inglés, de su industria y de su superioridad en las artes, era mas bien la manifestacion de un sentimiento muy diverso, que cada día mas corría á su madurez, á saber: el anhelo de ver trasladadas á Francia las instituciones y la libertad de Inglaterra.... Empezaron á ser de moda los *clubs*, donde se celebraban reuniones no todavía para entablar discusiones, sino para pasar el rato comiendo, jugando al whist y leyendo nuevas producciones: primer paso en que no se reparó, y que no obstante acarreó consecuencias considerables y muy funestas por el pronto. Fué su primer resultado alejar á los hombres del bello sexo, alterando sobremanera nuestras costumbres, que tomaron un tono menos frívolo, pero asimismo menos urbano, mas enérgico y menos cortés, con provecho por cierto de la política, pero con menoscabo de la sociabilidad. Todas las tendencias se dirigían hácia los asuntos serios; y al partido filosófico, que se encaminaba á la revolucion, se juntaban personas muy distinguidas, cuyos intentos no tenían nada de comun con las doctrinas de los filósofos.”

“Esta marcha progresiva de la igualdad, el acatamiento que se rendía indistintamente á todo mérito personal, la fuerte emocion que despertaban las grandezas tanto literarias como filosóficas, exaltaban la imaginacion de los vates, de los artistas y de los escritores (1).”

(1) Segur, *Mémoires*.—En aquella época [1782] el célebre caballero de industria Casanova, natural de Venecia, habiendo visto por segunda vez á Paris, decía lo siguiente: “Paris es una ciudad á propósito para todo el mundo, en la cual cada uno encuentra lo que necesita, sea filósofo, artista, literato, devoto ó sensual. La afabilidad exterior de los franceses es de tal naturaleza, que puede convenir á las personas de cualquier clase que se quieran encontrar bien con ellos; y á pesar de que su afabilidad es fingida, no deja de agrandar; las mujeres son un conjunto artificioso, pero gustan; los libritos que se dan á luz diariamente no contienen mas que frivolidades y anécdotas sosas, pero entretienen; las artes liberales se hallan en un estado muy lastimoso, pero en ningún país los artistas están mas ricos, y á pesar de la indigencia que abruma al Estado, en ninguna otra parte se encuentra un lujo tan triunfante.”

Sueños tan dorados mecían á la aristocracia, que estaba al borde del precipicio. A su lado levantaba la cabeza una generacion á la que daban fuerza los rencores que le habian legado sus antepasados oprimidos, una generacion que se creia llegada ya á su madurez, no tan solo para sustraerse á las injurias ulteriores, sino tambien para tomar venganza de las antiguas, ya haciendo una oposicion formal, ya acometiendo con las armas de una ironía mofadora, y despreciando cada vez mas al monarca, á la reina, á la aristocracia.

Empero mientras la sociedad tomaba un carácter grave y pensativo, la corte no se desprendía de sus frivolidades: la creacion de cargos inútiles para el Estado servía para que el soberano hiciese ostentacion de sus prodigalidades; sus dos hermanos y la casa de Orleans gastaban un lujo que por su exceso no podía menos de arruinar; por remediar las costumbres inglesas se hacian gastos enormes en caballos, y se pusieron en boga las apuestas muy cuantiosas, el ideal jardines muy costosos y de formas irregulares, segun la moda inglesa, y el frenesí del juego, que absorbía gran parte de los tesoros de la reina, además de las cantidades no menos considerables que gastaba en objetos de moda y en joyas. Luis, en la pobreza de su espíritu, se contentaba con desaprobar con el silencio aquel despilfarro y aquella anglo-manía.

Pero mientras que los hombres entendidos se esforzaban en averiguar las causas de las angustias del tesoro público y del mal estado de la administracion en todo lo concerniente á la hacienda, el pueblo, que propende mas á culpar á los individuos que á las cosas, habia fijado ya sus miradas en la víctima, y no teniendo atrevimiento para echar culpa de tantos desórdenes al monarca, (era tan bonachon!) habia tomado por su blanco á la Austriaca [1].

La reina, mujer de buena índole si hubiese tenido una direccion recta, habria podido tambien hacer un buen papel como soberana; pero su ambicion dinástica la impelia á pretensiones perniciosas, y su esposo, de carácter débil, la contentaba en todo. Deseosa de expansiones afectuosas, y de aquellos lazos amistosos que las testas coronadas están condenadas á no tener jamas, se entregó á las maquinaciones rastreras de la Polignac, la cual, inhábil para reprimir las ligerezas indiscretas de María Antonieta, dió margen luego á que se interpretasen por la malignidad en el sentido mas perjudicial. Fué entonces cuando la moda hizo variar tambien de vestir al bello sexo, cuyos trajes magníficos cedían el lugar á la sencillez y á la elegancia, mudando todo lo que habia de estravagante é incómodo en delicado por su gusto, y ligero por su poca complicacion. Pero habiéndose preferido en esta circunstancia

[1] María Antonieta.

las musolinas inglesas á las sedas de Lyon, las fabricas de esta ciudad sufrían un gran descalabro, y aunque el coste de los trajes salía mas barato, era menester renovarlos mas á menudo, por lo que los esposos se quejaban sobremanera de un cambio de moda que les aniquilaba los bolsillos.

María Antonieta, llena de sentimientos afectuosos, inclinada á la alegría, de un carácter naturalmente amistoso y confiado (1), intervenía en los bailes de máscara sin ser acompañada de su esposo; fué la primera soberana de Francia que dió el ejemplo de admitir hombres á su mesa, y para evitar los estorbos del ceremonial, se presentaba en un traje negro muy sencillo, cuando los recibía: dejaba muy á menudo su guarda-infante; le agradaba recrearse con el fresco de las noches, y se le antojó ver aparecer el sol, espectáculo que no habia visto hasta entonces. Pero aquellas peregrinaciones motivaron escándalos en los ánimos disolutos de los parisenses. Los franceses, que habian sabido escusar y hasta aplaudir las acciones de las comblezas de sus monarcas, acometían con las armas del escarnio y con repugnantes y bajas injurias á una reina indiscreta, pero no de costumbres depravadas; y las canceiones calumniosas que la inflamaban, llegaron á ser conocidas tambien por el monarca. Los hombres serios decían que se inmolaban los intereses de Francia á los de Austria, en atencion á los lazos de parentesco, y cuando José II intentó abrir el Escalda, los parisenses apoyaron las pretensiones de los holandeses. Mas tarde este emperador fué á visitar á Paris, cuando precisamente eran mas en moda los usos puritanos y las pretensio-

[1] "Madama Capman refiere con bastante exactitud las estrictas formalidades que se observaban en el vestir de la reina, y los muchos ratos que algunas veces le tocaba esperarse con la camisa de S. M. en la mano hasta que llegase la dama á quien competía el derecho esclusivo de ponerla; y entre tanto, la reina, del todo desnuda, tiritaba de frío. Esta etiqueta, añade, por cierto muy incómoda, estaba fundada en la idea de la dignidad soberana, que no debe encontrar por do quiera mas que servidores, no escluyendo de este número ni siquiera á los hermanos y las hermanas del monarca. Pasaré por alto aquel ceremonial majestuoso, establecido en todas las cortes para los dias de gran solemnidad, pues quiero limitarme únicamente á las reglas minuciosas que debían observar nuestros reyes en lo mas interior y secreto de sus acciones, en las horas de sus sufrimientos, en las de sus placeres, y hasta en las enfermedades humanas, las mas repugnantes.... Cuando la reina tomaba una purga, el honor de sacar de debajo del lecho el servicio, competía á una dama cuyo título era "dama de honor".... Estos príncipes, avezados á ser tratados como divinidades, acababan naturalmente por creer que eran de una naturaleza particular y de una esencia mas pura que todo el resto del género humano."

nes de afectar una franca parlería. Entonces José, despojándose de toda ostentacion y llamando mucho la atencion del público por su popularidad, estuvo recorriendo los diversos establecimientos, manifestando poca maravilla de que Luis no hubiese visitado ninguno, y propalando á troche y moche sentencias filantrópicas. El público le colmaba de aplausos, no teniendo en consideracion que es cosa sumamente fácil á los monarcas hacer alarde de liberalismo en país extranjero.

Estando ya los ánimos conmovidos por las sociedades secretas, otra imitacion inglesa, y con especialidad por la franc-masonería, algunos casos accidentales suministraron armas á los enemigos de Austria. Los franc-masones dan un origen remotísimo á su secta, la cual ha tomado y heroseado los sueños que todas las demas sociedades secretas han inventado para enaltecerse, encubriéndose con el velo del misterio. Unos han sostenido que ha servido de tipo á la franc-masonería el templo de Salomon; otros, que se ha modelado sobre los misterios del antiguo Egipto; asegúrase por algunos que Manethon la perfeccionó y que sus adeptos transmitieron el culto de G. A. D. U. [*grande arquitecto del Universo*]; que los europeos le deben la ventaja de la primitiva civilizacion que se propagó bajo el nombre de Pitágoras; que en la edad media fué la depositaria de las tradiciones de la sabiduría humana; que la trasladaron á Europa en tiempo de las cruzadas los hospitalarios y templarios, á cuya destruccion sobrevivió como ciencia arcana. Las lógicas ó sociedades masónicas, real y verdaderamente no eran otra cosa que una de tantas reuniones, que tenían por objeto en los siglos de la barbarie escudar la industria contra el crecido número de sus enemigos, y buscar subsidios en la mucha escasez de recursos (1). Entonces la tradicion de los mé-

[1] Cuando el espíritu humano empieza á desarrollarse, despues de haber quedado sumido en el embrutecimiento por largos siglos, no encontrando todavía apoyo en las leyes constitutivas del Estado, busca un amparo en las sociedades secretas, que se componen ordinariamente de individuos que por sus conocimientos y buenas intenciones se rebujan á los demas. Estos tales se encubren con el velo del misterio, para que la ignorancia, siempre recelosa y enemiga de las buenas intenciones, no les haga servir de blanco á la persecucion, y acompañan la celebracion de sus reuniones con ceremonias misteriosas y tal vez raras, porque, como nadie ignora, los hombres necesitan cierta pompa exterior y cierto prestigio para formarse una idea elevada y majestuosa de una institucion. Añádese á esto que algunas de tales ceremonias han tenido por objeto poner á prueba la fuerza de ánimo y el valor de los neófitos, pues una de las bases principales en que se apoyan las sectas secretas es el juramento de arrostrarlo todo y de sacrificar tambien la propia vida para conservar el secreto y defen-

todos arquitectónicos de la masonería se conservó con aquel secreto y recelo que son propios y comunes, y que á la sazón lo eran aun mas á todos los métodos. Esta secta ó asociacion, lejos de ser ignorada, fué reconocida por los príncipes, y el emperador Maximiliano no dejó de confirmar sus estatutos (1).

der constantemente sus doctrinas. En todas las instituciones bien examinadas de las sectas secretas, se encuentran ordinariamente dos elementos, á saber: el religioso y el político: el primero tiende á la tolerancia y el segundo á la igualdad; por lo cual éstas, en los tiempos de la mayor barbarie, cuando la intolerancia y el fanatismo religioso habian llegado á su apogeo y el gobierno feudal anonadaba el poder de los príncipes, fueron reconocidas y aun protegidas por los mismos príncipes, como podemos notar con respecto á la franc-masonería en lo que refiere nuestro autor de Maximiliano. Disipadas las tinieblas de la barbarie; entrado el cuerpo social bajo el imperio de leyes comunes; reconocidos los verdaderos principios religiosos; constituido el poder político en bases firmes, las sectas secretas perdieron su importancia primitiva y su universalidad. En los países libres ó se desplomaron por sí mismas ó se convirtieron en asociaciones filantrópicas ó en sociedades pacíficamente reformistas, como en Francia, en Inglaterra, en los Estados-Unidos de América, &c.; y sus ceremonias, cuya primitiva tradicion se ha perdido, ó en gran parte olvidado, no teniendo ya un objeto especial, se consideran mas bien como puerilidades que como solemnidades y distinciones honoríficas. En los países despóticos algunas sectas secretas, con particularidad la franc-masonería y otras nuevas, á pesar de que los gobiernos las persiguen, no dejan todavía de ejercer su imperio: pues es cierto que cuando un gobierno no satisface las necesidades políticas y sociales de un pueblo, la persecucion y la atrocidad de los castigos no podrán nunca sofocar en los individuos los deseos y las esperanzas de reconquistar sus propios derechos.

Es tambien de notar que los libros que hablan de las sectas y sociedades secretas, y con especialidad de las mas remotas, están atestados de torpes falsedades, y que han sido en muy corto número y poco duraderas las sectas, que perdiendo de vista los elementos religioso y político, han fundado sus doctrinas en un desenfundado libertinaje. No olvidemos que en los dos primeros siglos del cristianismo se culpaba á los fieles de los crímenes mas repugnantes, y que se llegó hasta propalar, como dice Fleury, que despues de haber celebrado sus misterios nocturnos, derribaban por medio de la fuerza de un perro, sujetándolo por el rabo, el gran candelabro que iluminaba el lugar de sus reuniones para tener libertad en las tinieblas de mezclarse indistintamente los dos sexos, violando el pudor y hollando lo que tienen de mas sagrado la religion, la moral y la familia. (Nota del traductor.)

[1] El que no quiera profundizar en los escritos místicos, oscuros y estafalarios, puede

Mientras la revolución fermentaba en Inglaterra, la tiranía que ejercía su dominio, y la índole taciturna de aquella nación, dieron margen al origen de sociedades secretas, las cuales, con objeto de evitar los castigos á que suelen estar sujetas las novedades cuando son descubiertas, quisieron ingerirse en las lógias de la franc-masonería cuya institución se toleraba, y se circundaron de aquellos símbolos escriturales de que estaba atestado á la sazón el lenguaje en boga.

Los jacobinos espulsados las trasladaron á Francia, pero no pudieron difundirse, tanto porque los franceses son menos inclinados al secreto que los ingleses, como porque la recelosa persecución de Luis XIV las sofocó. El pretendiente al trono de Inglaterra echó los cimientos en Francia de algunas sectas secretas, y el regente, que gustaba de todas las cosas que incitaban la concupiscencia, mediante el misterio y la prohibición, abrazó con ahínco esta moda de Inglaterra, como había practicado con las demas: en efecto, se abrió en el año de 1725 la primera loggia, á cuya cabeza estaban tres extranjeros, lord Derweniwater el caballero Maskeline y el señor Heguettye. Precisamente en aquella época la franc-masonería había empezado á ser

enterarse del punto en cuestión en una obra bastante notable por lo peregrino de sus ideas: *El misterio del amor platónico de la edad media, derivado de los misterios antiguos*, obra en cinco tomos, de Gabriel Rossetti. Londres, 1840. Toda esta obra no trata más que de la existencia de aquellas sociedades secretas que han conservado tradicionalmente los misterios de la antigüedad. Como es consiguiente, entre éstas figura en primera línea la franc-masonería, y Rossetti trata también con mucha seriedad todo lo concerniente á sus puerilidades y á su geigenza. Habla con especialidad de la secta mencionada, en el tomo III, cap. II.

Puede consultarse también á Rechellini. "La Masonnerie considerée comme le resultat des religions égyptienne, juive et chrétienne. Gante, 1828. Esprit du dogme de la franc-masonnerie. Bruselas, 1825" [a].

[a] A este último autor se pueden añadir, Clavel, "Histoire pittoresque de la franc-masonnerie et des sociétés secrètes, etc. Paris, 1844; y Emmanuel Rebold, Histoire générale de franc-masonnerie basée sur les anciens documents et les monuments élevés par elle.—Paris, 1851." Este autor, después de haber indicado de una manera muy exacta y minuciosa, pero empalagosísima, todos los pormenores del origen y progresos de la franc-masonería, concluye su obra con un paralelo entre la supuesta perfección de los principios de esta secta, y de las imperfecciones que él atribuye al cristianismo. Este último rasgo del autor es muy original y peregrino por el cúmulo de imbecilidades y delirios que contiene, los cuales evidencian su rareza y su profunda ignorancia del cristianismo.

[Nota del traductor.]

pública en Inglaterra, y habiéndose celebrado bajo la presidencia del gran maestro conde de Alkeith una de sus reuniones sin secreto ninguno en Abril de 1724, fueron admitidos cinco adeptos, los cuales recorrieron la ciudad, llevando el delantal de cuero, el martillo y la llana, primeras divisas masónicas.

Cuando se verificó en 1736 la partida de lord Harnonester, segundo gran-maestre de Francia, la corte manifestó, que era su decidida voluntad, si la elección recaía en un nacional encerrarlo en la Bastilla; el elegido fué el duque de Antin, francés, y sin embargo, bajo su dirección la masonería logró echar raíces en el país. A este sucedió el conde de Ciermont, príncipe de la sangre. Las lógias fueron vedadas en el año de 1744; pero esta medida fué bastante para que se aumentase y estendiese hasta las provincias; y últimamente las lógias masónicas parisenses se declararon independientes de la Gran-Bretaña.

Uno de los más fervorosos propagadores de la secta masónica en Francia, fué Andrés Miguel de Ramsay, varón muy distinguido por haber dado á luz varias obras, y ayo del hijo del pretendiente; según su opinión, la masonería traía su origen de Palestina en tiempo de las Cruzadas, y había sido establecida con objeto de restaurar las iglesias deruidas por los sarracenos: decía además, que al introducirla en Inglaterra, había sido preciso modificarla para acallar los recelos de la reina Isabel, que miraba á los franc-masones como papistas enmascarados. Ramsay, que era gran canciller de la masonería francesa, concibió el proyecto de una convocatoria en París de los diputados de todas las varias lógias de Europa, cuyo número, según sus cálculos, ascendería á tres mil, con objeto de que cada uno de ellos contribuyese con una dádiva de diez luises para la impresión de un diccionario francés de las artes liberales. Pero habiendo desistido de su proyecto á insinuación del ministro Fleuri, redactó después la Historia de la masonería, que quedó inédita, y en la cual asegura haber pasado por alto todos los esfuerzos que ésta había hecho para devolver la corona de Inglaterra á la familia de los Estuardos.

La franc-masonería en Inglaterra se mantuvo siempre seria y grave; pero en otras partes sus asambleas tomaron cierto aire risueño y divertido, y no fueron más que una herejía galante, la cual, lejos de perjudicar solía más bien prodigar actos de beneficencia. En Francia su tipo se diferenciaba del de la sociedad civil: en sus lógias se hallaban abolidas todas las preeminencias hereditarias; en los tabiques de sus gabinetes había letreros que contenían reflexiones varias; entre los tapices negros y los emblemas sepulcrales se veía estampada esta inscripción: "Si consideras en algo las distinciones humanas, deja este lugar: aquí no son conocidas." El neófito oía pronunciar al orador

estas palabras: "la masonería tiene por objeto abolir cualquiera diferencia de raza, de color, de patria, y acabar con todo odio nacional y con todo fanatismo; pues es cierto, que el templo del arquitecto del universo ha sido edificado por sabios nacidos en diversos climas." Encima del trono del Venerable de cada loggia había el triángulo con la palabra hebrea *Jehová*, para dar á entender que la adoración del Ser Supremo era el único deber religioso que incumbía al iniciado. En estas lógias se encontraba un crecido número de personas muy ajenas á los trastornos sociales; por lo que, los masones más fervorosos instituyeron algunos grados nuevos y secretos, los cuales no se podían conseguir sino sujetándose á ciertas pruebas especiales que tenían por objeto evidenciar los progresos que trae consigo la educación revolucionaria. Se establecieron por lo tanto treinta y tres grados: los cuatro primeros tenían tan solo símbolos de albañiles; los del quinto al diez y ocho eran un conjunto de doctrinas que llevaban el timbre de una institución caballeresca y religiosa, y el treinta estaba destinado á dar la solución del problema que los precedentes grados habían dejado envuelto en la oscuridad. Un misterio que se ocultaba con tanto recelo, exaltaba la imaginación y atraía las voluntades: los visionarios creían descubrir en aquellas densas tinieblas una escuela de perfecciones químicas y un misticismo envuelto en agolpadas aubes; los charlatanes un conjunto de prestigios; algunos hallaron en aquel misterio un medio muy á propósito de que valiese para estafar, y finalmente otros, que fueron acaso el mayor número, pudieron aliviar su pobreza por medio de las sociedades masónicas.

Era consiguiente que los príncipes tuviesen recelos de estas sociedades secretas y de una misteriosa inteligencia que se extendía por todos los países y entre todos sus adeptos; por lo cual Francia fué la primera en proscribir las lógias en 1727; después imitó su ejemplo Holanda en 1735, y más adelante hicieron lo mismo Flandes, Suecia, Polonia, España, Portugal, Hungría y Suiza. En el trascurso del año de 1743 en Viena, la loggia masónica fué asaltada por la fuerza militar; los individuos reunidos en ella se resignaron á la obediencia, y después de haber entregado sus espadas, fueron puestos presos ó dejados en libertad bajo su palabra de honor; pero este acontecimiento no dejó de producir un grave escándalo por haberse encontrado, entre los que fueron sorprendidos, individuos de alta categoría, los cuales protestaron, que no les era permitido por el juramento que habían prestado de guardar el secreto, responder al interrogatorio. El gobierno, admitiendo su disculpa, los dejó en libertad, y se contentó con prohibir aquellas sociedades.

Clemente XII había lanzado la excomunión sobre los masones. Benedicto XIV la repitió, (1751) cuando Carlos III se apresuró á aplicar contra aquellos sectarios, que en

el reino de Nápoles se habían difundido, las mismas penas que á los perturbadores del orden público. Los demás príncipes siguieron sus huellas.

Semejantes prohibiciones proporcionaron todos los atractivos propios del delito á la sociedad masónica, y todos los pensadores anhelaron ser contados entre sus miembros. El tema de las pláticas que se pronunciaban en las lógias tenían por objeto lo que ideaba de mas atrevido la filosofía de aquella época; y últimamente éstas se trasformaron en instrumento muy á propósito para difundirlas ideas revolucionarias.

Los hombres, si pierden la religión, se convierten en supersticiosos, y si reniegan de la fe en incrédulos: la experiencia cotidiana nos evidencia este hecho. No tan solo existía todavía en la gente vulgar la creencia de que hubiese espectros y brujas, aunque la más juiciosa filosofía no había dejado de combatir aquel error, sino también Wedal y Hoffman prestaban fe á las dolencias ocasionadas por el demonio ó por obra de encantamientos, imitando en esto á los jansenistas, que creían en los convulsionarios de San Medardo. El padre Gasmer de Bludenz, en el Tirol alemán, atormentado de un fuerte dolor de cabeza, se figuró que su enfermedad era el efecto de una obra diabólica, y se aplicó á la lectura de todos los escritos que trataban de exorcismos, llegando por este medio á enterarse del arte de exorcizar, que puso en práctica en nombre de Jesucristo haciendo poseídos, *obsesos* y *circumsesos*. El obispo de Ratisbona lo designó para capellán de corte, pero en el año de 1755 Viena le ordenó expulsarlo. Juan Schöpfer, de Leipzig, se servía de los efectos producidos por la óptica como medio para engañar.

La jactanciosa filosofía de aquella época no era bastante para que los hombres más doctos y pensadores no se dejasen arrastrar por vanas ilusiones. Estos tales, encontrando en sí mismos un vacío extraordinario con negar á la Divinidad, se esforzaban en llenarlo con cábalas, teosofía y sociedades secretas; y mientras Alemania tenía nicolaístas ó iluminados (*aufklärer*) había en Francia martinistas y filaretés; pero París, que se había educado según los principios de la nueva filosofía, introducida por los filosofistas, servía en aquella circunstancia de víctima y juguete á los impostores. Un aventurero que se daba á sí mismo el título de conde de Saint-Germain, dotado de una vasta erudición, ó cuando no fuese otra cosa, de gran memoria, y que estaba en íntimas relaciones con los iluminados de Alemania, fué conducido á Francia por el marqués de Belle-Isle, á quien servía de consejero, y presentado por Mme. de Pompadour á Luis XV, el cual pasaba ratos muy divertidos escuchando por largas horas, durante la noche, sus arranques de graciosa extravagancia. Decía Saint-Germain, que para apreciar á los hombres era menester no ser confesor, ni ministro, ni co-